

## SECRETOS ABIERTOS

Los cuadros de Teresa Ruiz de Lobera deberían ser comestibles. Apetece mojar un poco de pan en esa salsa de granates, acompañarlo con el guacamole del prado y regarlo con el zumo de mango, que aparece difuminado en el camino. La mujer ardiente que recoge frutos del árbol, a pesar del cielo enfriado quiere ser, claramente, un sorbete de frambuesa; quizás las tejas sean de chocolate; seguro que la bicicleta es de tacto es suave y el aroma, por todos lados, dulce. El primer impacto en los cuadros de Teresa es alimenticio.

El segundo son los colores, que llegan a la retina como retales de sentimientos recuperados de un sueño, en un viaje doble: de unión o desunión, según se sienta. A veces la piel de sus lienzos se frunce como la naranja amarga; o se estira y se ve la mediana satisfacción, la recompensa, el reposo; o se confronta entre masas distintas de colores, como choques de sentimientos, reveladores, como en el camaleón, de un estado de ánimo u otro.

A veces los personajes parece que llevan una piel más cruda, como recién puesta: se evocan quizás seres inocentes, como “lavados” después de una batalla: sonrientes, enigmáticos, dudosos o, simplemente, felices, envueltos en audacias o miserias: son personajes imaginarios, pero cercanos, siempre comprensibles

La Razón es la última que se entera de que los cuadros hablan de un nuevo mundo romántico poblado de hombres, mujeres (sobre todo), animales y monstruos con el corazón blanco, conscientes de sus pesares pero también del entero derecho a soñar como se quiera o como se pueda. Hay una versión de la condición humana que se repite en los cuadros de Teresa y – yo diría- gira en torno a nuestra dulce imperfección, al intento valeroso de asumirnos con nuestros sueños y nuestras carencias.

Las formas, premeditadamente inacabadas, hablan de la fragilidad humana. En los temas, no caben la ambición, la arrogancia, la competencia, la supremacía, la demostración, la crueldad, la reverencia, la desmesura, el cielo ni el infierno. No hay tiempo que perder. Al diablo con las esferas inmaculadas, los ángulos rectos y cada uno de los matices de la cara. Si no tenemos más que un ratito, ¡a qué conjugar el futuro pluscuamperfecto! Al diablo con la perfección y sus cerraduras metálicas, por donde no caben las personas. ¡Que descansen los monstruos ante el televisor! ¡Hay espacio para las dudas menores, como caballos tímidos en el sofá! Que descansen los que no se salvaron, hay un dormitorio para la siesta de los grandes sueños; un ramo de rosas es digno de rojo asombro. Tko dibuja islas del

Mar de la Tranquilidad, sus cuadros no presumen de armas en el cinto, no quieren ofender ni defender a nadie, no hablan el lenguaje de la intimidación, no respiran el aire opulento, no guardan ases en la manga, ni billetes en el escote. La pintura de Teresa reivindica el derecho a la atrevida timidez, a la pureza de los mejores deseos y se expande como una amistad sin estrategias, encaminada a la ternura, suceda o no con la frecuencia que quisiéramos.

*Federico Ruiz de Lobera*